

insulte á los que tienen alguna falta ; ántes por el contrario, demuéstrese pena por lo malo, y gozo por lo bueno. El que reprende, hágalo con entrañas de compasión y de temor de Dios. El que es reprendido reciba la corrección con docilidad, y persuádase que se hace por su bién. Cuando se reprende á algún religioso, no debe ninguno otro formar partido en su defensa, ni permitir que por su causa se resista á la corrección ; pero si ésta le parece infundada, puede sincerarse humildemente. »

« Un hombre que ha pecado y que hace penitencia no debe conservar el recuerdo de las injurias que se le han hecho ; sino que es preciso que perdone de todo corazón, si ha de hacer buenos frutos de verdadera penitencia. Cuan lo despues de haber cometido alguna falta, se entra dentro de sí mismo y se obtiene perdón, si se cae nuevamente en el pecado, la reincidencia es mucho más culpable, y se sufrirá un juicio más riguroso. Antes de ponerse el sol, debe apagarse la cólera que se ha concebido contra algún religioso, y que no estén reñidos el intervalo de una noche. No debe dejarse para otro tiempo la enmienda, porque nadie está seguro de vivir el dia de mañana : muchos que obraban de esta manera han sido sorprendidos por la muerte. »

« Es preciso no gastarse en un trabajo inmoderado para reunir más de lo necesario. Contentémonos, como dice el Apóstol, con tener con que vivir y vestirnos. No debe amarse el dinero, ni reunir tesoros inútiles. El que quiere marchar por los caminos de Dios, debe amar la pobreza y temer el juicio divino. Desearía con todo mi corazón que os penetraseis de estas máximas que ayudan á buscar la gloria de Dios, con la cooperación de nuestro señor Jesucristo. »

ASCÉTICAS DE SAN BASILIO

Cuando san Basilio instruye á sus religiosos, les dá diferentes nombres : unas veces les llama *cristianos* á causa de su religión y de la perfección evangélica á que deben aspirar : otras les dá el nombre de *monjes*, á causa de su vida retirada y solitaria : otras los designa con el de *hermanos*, en vista de los lazos de caridad que los unen : otras también les llama *ascetas*, en atención á sus ejercicios, principalmente los de penitencia, así como *canónigos* ya por estar sujetos á una regla, ya porque están asignados á un lugar para servir en una determinada iglesia. Pero más ordinariamente los llama hermanos ó ascetas, y por esta razón dá el nombre de *Ascéticas* á las obras que compuso para que les sirviesen de norma de conducta ; pero de una manera más especial se dá este título á algunos tratados que compuso, y entre otros á las grandes y pequeñas reglas y á sus constituciones monásticas.

En los tiempos de Focio, se hallaba dividido el cuerpo de las ascéticas en dos libros. El primero contenía el tratado del *Juicio de Dios* y el de la fé, y el segundo comprendía las *Morales* juntamente con las grandes y pequeñas reglas ; pero como los dos primeros tratados y las *Morales* no son propiamente reglas de disciplina, sino sólomente instrucciones, no hablaremos aquí más que de las grandes y pequeñas reglas, de las constituciones monásticas y de algunos discursos preliminares que en ellas se encuentran, para dar á nuestros lectores una verdadera idea de la observancia que este Santo hacía practicar á sus religiosos, reduciendo

toda esta materia, para mayor orden, á los principales artículos.

Ante todo debemos notar dos cosas. Primera, es de creer que ántes que san Basilio diese estas reglas, debió traer alguna de los monasterios que habia visitado en la Siria, en la Palestina ó en el Egipto, y que la hizo observar en su monasterio de las inmediaciones del Iris y en los demás que fundó en el Ponto : pues como hemos visto en el capítulo precedente, al recomendar á un jóven á un superior de sus monasterios, tal vez el de Iris, le encarga que lo instruya y eduque *según las reglas que los santos Padres les habían prescrito*. Luego estas reglas no eran las suyas, sino mucho más antiguas, y preciso era, ó que las hubiese traído de los monasterios que había visitado en otras provincias, ó que en el Ponto estuviesen establecidas ántes que las suyas, lo cual no parece muy fundado, como hemos visto al hablar de la vida del Santo.

Debemos notar en segundo lugar que san Basilio estimaba mucho el estado de los anacoretas, pero aún prefería el de los cenobitas, por creerlo más seguro y ventajoso para el alma, tanto por la obediencia que en él se practica, como por los auxilios espirituales y temporales que mutuamente se prestan los religiosos. En una carta que escribió á unos monjes, á quienes aconsejó que se reuniesen en comunidad, se expresa en estos términos : « Creo que, por la gracia de Dios, no necesitais exhortaciones, despues de los discursos que os he hecho, para animaros á arreglar vuestra vida á la norma de la que observaron los apóstoles. Habeis seguido un consejo tan saludables, y por ello habeis dado gracias á Dios. No os dirigía palabras vanas, sino que os daba preceptos que debíais reducir á la práctica para vuestra utilidad, para vuestro consuelo y para gloria de Jesucristo. Ved aquí por que os envío á nuestro querido hermano : él hará conocer á los fervorosos, animará á los

perezosos, y descubrirá quienes son los que se oponen á nuestras máximas. Deseo con grande vehemencia veros reunidos, para que se sepa que no temeis tener testigos de vuestra vida, y que desais animaros mutuamente con vuestros buenos ejemplos, y edificaros con las buenas obras que entre vosotros se practican. Pues por este medio cada cual tendrá la recompensa que merezca tanto por sus buenas obras como por el ejemplo de los demás. Debeis edificaros unos á otros con vuestras acciones y palabras. »

« El abad Piammón, á quién Casiano hace hablar en una de sus Colaciones, dice que habiendo ido al Ponto y á la Armenia á llevar limosnas, que el emperador Valente enviaba á los solitarios de Egipto, tuvo lugar de ver la disciplina de los cenobitas establecidos en algunas ciudades ; pero que ni aún se conocía allí el nombre de anacoretas. Sozomeno dice también que la mayor parte de los monjes de Galacia y de Capadocia observaban vida común en las ciudades y aldeas, pues los que les precedieron no les enseñaron otro género de vida, además de que los grandes frios de este pais no permitían que nadie viviese en los desiertos. Sabemos por san Gregorio Nacienceno que había algunos anacoretas en este pais, de los cuales se hacían grandes elogios, y si el abad Piammón no tuvo lugar de verlos, es porque fué muy corta su estancia. Por otra parte, aunque san Basilio habla en sus reglas á los solitarios que vivían en común, no deja de dar también saludables consejos á los anacoretas, lo que prueba que los había en la Capadocia y en el Ponto.

Las grandes y pequeñas reglas están escritas en preguntas y respuestas, lo cual indica que las compuso sobre las cuestiones que le proponían sus religiosos para su instrucción y edificación. Pueden considerarse como el resultado de las conferencias espirituales que tenía con ellos en su monasterio de Iris, y de las cuales formó despues un cuerpo

de obra ascética, al cual dió la última mano en Cesarea, despues de haber sido elevado al sacerdocio. Es de suponer que san Gregorio Nacienceno tomase alguna parte en esta obra, cuando se hallaba en su monasterio. No daremos importancia á algunos que, según Sozomeno han atribuido las Ascéticas á Eustato de Sebaste; pues sólomente algunos sectarios de los errores de este obispo han podido imaginar semejante fábula, desechada por toda la antigüedad, y es de estrañar que, con motivo de este pasaje de Sozomeno, haya querido Scultet quitar esta excelente obra á san Basilio, lo cual hace, dice Tillemont, sin ninguna prueba que pueda resistir á un exámen serio.

Debemos advertir que, además de las grandes y pequeñas reglas y de las constituciones de san Basilio, hay cuatro pequeños tratados sobre la misma materia, dos de los cuales aparecen en la edición de Paris de 1618, que seguimos, inmediatamente ántes de estas reglas, y los otros dos ántes de los discursos sobre la fé y el juicio, que preceden á los morales. De estos cuatro tratados tomaremos lo que vamos á decir. El primero se titula *De abdicacione rerum*, el segundo de *Askesi, seu exercitatione monástica*: el tercero y el cuarto, de *institutionibus monachorum*.

§. I. — *Excelencias de la vida monástica y sus deberes en general.*

1º Queriendo san Basilio darnos á comprender cuanta es la excelencia de la vida monástica, le aplica estas palabras de nuestro señor Jesucristo: *Venid á mí los que estais fatigados y cargados: yo os aliviare.* « Estas palabras, dice, nos exhortan de una parte á librarnos de la pesada carga de los bienes de este mundo, y nos animan, por otra, á abrazar con ardor la vida religiosa y solitaria, que hace profesión de llevar la cruz. Todo aquel, por lo

tanto, que se ha formado el designio de obedecer á Jesucristo, y arde en el santo deseo de abrazar este género de vida tan pobre y enteramente desprendido de los cuidados é inquietudes del mu, es verdaderamente y se le debe considerar como muy dichoso. » Habla tambien en otro pasaje de esta estado, y dice que se debe tener en grande estima, que el que lo profesa ha de llevar una vida enteramente celestial, entrar en una negociación espiritual y comercio con los ángeles, y combatir generosamente al lado de los discípulos de Jesucristo.

2º En otro tratado compendia todos los deberes de un solitario y de un religioso, siendo este tratado como el resumen de toda la obra de las Ascéticas. « Ante todas cosas, dice, es preciso que un solitario haga profesión de no poseer nada y de llevar una vida pobre: que su exterior sea modesto, honestos sus vestidos, moderada su voz, y prudentes sus palabras: que coma y beba sin precipitación y con gravedad; que guarde silencio en presencia de los mayores; que tenga caridad con sus iguales y condescendencia con sus inferiores: que se separe de los relajados: que hable poco y sin ostentación: que no se ria mucho; que baje los ojos á la tierra, y levante su espíritu al cielo: que no sea dado á contradecir que sea sumiso y humilde: que no se desdeñe del trabajo manual: que ocupe su espíritu con la meditación de los novísimos: que sufra con paciencia la adversidades, y que dé gracias á Dios por los beneficios que recibe: que ore incesantemente; que se humille ante todo el mundo: que con sus buenas obras amontone tesoros en el cielo: que examine todos los dias sus pensamientos y acciones: que no se implique en los negocios de este mundo: que no sea curioso por investigar los defectos ajenos, y que se esfuerce por imitar á los Santos. Es preciso también que se goce de la virtud de los demás;

que se compadezca de las debilidades del prójimo, y que se reconozca á sí mismo como un gran pecador.

§. II. — *De los novicios.*

1º El santo Doctor no quiere que se abrace con ligereza la vida religiosa, ni que se crea que no ofrece más que dulzuras. « Aconsejo, dice, á los que quieran abrazar el estado monástico, que no lo hagan sin haberse probado previamente, y no se figuren que el peso de esta vida tan perfecta es fácil de llevar, y que la salvación se alcanza sin combate; ántes por el contrario, les exhorto á que se ejerciten ántes en este combate, no sea que, no teniendo fuerzas para soportarlo, vuelvan de nuevo al mundo que habian abandonado. »

2º Como el santo no quiere que nadie entre en religión sin haberse ántes probado, tampoco quiere que se admitan indiferentemente y sin exámen á todos los que se presentan. « Como quiera, dice, que Dios, que tanto ama á los hombres, y nuestro Salvador Jesucristo nos invitan á que vayamos á él, para ser ayudados, sería peligroso rechazar á los que desean acercarse á él por este medio. Sin embargo, es preciso considerar la conducta que han observado ántes los pretendientes. Si conocemos que han hecho progresos en la virtud, es preciso levantarlos á mayor perfección; si por el contrario, han vivido mal, debemos informarnos si han sido ligeros, inconstantes y arrebatados en sus resoluciones, pues son sospechosos los que mudan de parecer con frecuencia, y además de que no reportan ningún beneficio de nuestra profesión, la deshonoran, y perjudican á los demás. »

« Pero como no hay desórden que no pueda corregirse cuando se procede con cuidado y temor de Dios, preciso es no desesperar, sino tomar el tiempo necesario para pro-

barlos con saludables ejercicios, á fin de admitirlos, si los soportan con resignacion, ó despedirlos si se vé que no adelantan. Es preciso observar durante este exámen, si los que han caido en faltas graves y ocultas, se acusan de ellas, y renuncian á los cómplices de sus pecados por la vergüenza que les causa el haberlos cometido: pues es de esperar en este caso que caerán nuevamente en ellas. »

« Pero la manera más general de probar á toda clase de personas es ver si se hallan resueltas á aceptar sin repugnancia la práctica de las humillaciones, sin rehusar los más viles oficios, y cuando los muy prácticos en esta clase de averiguaciones reconocen que los pretendientes se hallan en disposición de ser admitidos, se les pondrá en el número de los que son consagrados al Señor. »

3º Estaba prohibido por la regla grande décima segunda recibir á un hombre casado sin el consentimiento de su mujer, ni recibir á ésta en el monasterio de las religiosas sin el consentimiento de su marido. Hé aquí la observación que á este propósito hace san Basilio: « Hemos reconocido por experiencia, dice, que ocurre con frecuencia que, á causa de orar y de ayunar continuamente, han conseguido muchos llevar una vida casta, habiéndose Dios servido tocar el corazón de la parte que se habia resistido obstinadamente á los deseos de la otra, y llevarla al consentimiento de una resolución tan justa como razonable. »

4º No se admitían á los que estaban bajo el dominio de alguna persona, como los esclavos, ni á los que habían ejercido cargo público, sin que previamente hubiesen rendido cuenta de su administración, á fin de que, una vez hecha su profesión, no se turbase el monasterio por esta causa. « Pues claro es, dice el Santo, que los que están encargados de lo que pertenece al César deben someterse á las órdenes del César. »

5º El superior á nadie debe admitir sin dar previo aviso

á los hermanos : » pues si nuestro Señor Jesucristo nos enseña, dice el Santo, que cuando un pecador hace penitencia, deben llamarse los vecinos y amigos para que tomen parte en el gozo, es aún mucho más necesario no recibir á nadie en una comunidad religiosa sin el consentimiento y aprobación de las personas que la componen, para que participen de este gozo, y oren los unos por los otros. »

6º No quería que se rechazase á los que quisieran venir al monasterio sólo por algún tiempo : así es que, despues de citar estas palabras de Jesucristo : *no rechazaré á los que vienen á mí*, añade. « Es justo concederles esta autorización, pues no sabemos lo que ha de resultar. Con frecuencia ocurre que los que entran por algún tiempo en el monasterio permanecen en él durante toda su vida, para gozar de los consuelos que encuentran en él. Además es muy conveniente que vean la exactitud de la disciplina que se observa entre nosotros, y que se desvanezcan por este medio las preocupaciones que hayan concebido en contra de nuestra conducta. »

7º Exhorta con mucha insistencia en un capítulo particular á los novicios, á que venzan con ánimo los primeros obstáculos que encuentren al entrar en religión, y sobre todo el sacrificio de sus bienes y la separación de sus parientes.

« Entrad con ánimo esforzado, les dice, en la sociedad de los religiosos, y demostrad un vigor generoso desde el principio de vuestra renuncia al mundo, no sea que las caricias de los parientes y amigos os arrastren á las cosas de la tierra. Que los bienes que abandonais no os vuelvan á turbar, y estad persuadidos que los enviáis al cielo como precursores de vuestra eterna felicidad. Despues de esta doble renuncia, miraos como vasos consagrados al Señor. »

§. III. — *Del director ó maestro de novicios.*

1º San Basilio estaba muy convencido de la necesidad de educar bién á los novicios, así es que no podia dejar de consignar en sus reglas las cualidades que debían adornar á los que habían de informarlos en los deberes del estado que iban á abrazar. « El director que se escoja, dice, debe estar instruido en la manera de llevar á Dios á los que le buscan : debe estar adornado de todas las virtudes, y manifestar en todas sus obras el amor que profesa á Dios. Debe tener profundos conocimientos de las Escrituras santas, y procurar que no se extravíe su espíritu con vanas distracciones. No debe tener afecto á los bienes del mundo, ni implicarse en los negocios temporales. Debe amar á Dios sinceramente, así como á los pobres y la pobreza. No debe dejarse llevar de la cólera, ni del resentimiento de las injurias. Debe trabajar con sumo cuidado en la edificación de las almas que le están encomendadas. Debe rechazar de su corazón toda vanidad y todo movimiento de orgullo. Debe ser firme é inflexible en el bién y preferir á Dios sobre todas las cosas. »

2º Quiere el Santo que los novicios se entreguen sin reserva á este director por una absoluta negación á su propia voluntad, á fin de que su corazón sea como un vaso purísimo que pueda recibir los bienes que Dios derrame sobre ellos, y que serán como semilla fecunda de gloria eterna. Si se confían á la dirección de este hombre sabio y virtuoso, heredarán sus bienes y progresos espirituales. Si, por el contrario, por un amor desordenado á sí mismos, prefieren un director que condescienda con sus defectos, y que, por decirlo así, se deje caer con ellos, es inútil abrazar el combate espiritual renunciando al mundo, pues toman por guía á un ciego que les conducirá al precipicio, cayendo él primero. »